

LA LABOR DE SAN IGNACIO EN LA REFORMA DE LA IGLESIA

Discurso del Excmo. Sr. Dr. José Humberto Quintero, Arzobispo titular de Acrida y Coadjutor de Mérida, pronunciado el 11 de mayo de 1956, en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria de Caracas.

LOS DOS ARTISTAS

Una radiosa mañana de mayo de 1547, Miguel Angel Buonarrotti esperaba en una de las antesalas del Palacio Apostólico ser recibido en audiencia privada por la Santidad del Papa Paulo III. Meses hacía que el sumo artista, cuyo nombre era ya para esos días patrimonio indiscutible de la gloria, se había encargado de la dirección de una obra colosal, digna de su genio: la fábrica de la nueva basílica vaticana. Mientras en su mente repasaba los proyectos de modificaciones a los planos de sus antecesores que iba a someter al Pontífice, vió entrar en la misma antesala, para esperar allí su turno en las audiencias, a un sacerdote de pequeña estatura, rostro ovalado, tez rosada, pómulos salientes, mentón breve, frente ancha y limpia de arrugas, dilatada aún más por la calvicie, nariz alta y combada, cabello rubio ya entrecano, ojos azules de singular viveza, hábito sencillo pero en extremo limpio, aspecto "alegremente grave y gravemente alegre". Una muy leve claudicación de la pierna derecha se advertía en su paso. A pesar del huraño carácter que lo distinguía, el genial artista se sintió misteriosamente atraído por aquel desconocido sacerdote: lo impresionaron, de manera especial, la mirada perspicaz y uno como halo de auténtica bondad que circundaba aquella figura. Y esa impresión creció hasta subyugarlo cuando el recién llegado, con cortesía y elegancia de gran señor —bien que en un italiano empedrado de españolismos— trabó con él amenísima plática. Hablóle de una iglesuela, situada en las cercanías del Palacio Venecia, sobre la calle que conduce al Capitolio, dedicada a la Virgen Santísima, en cuya total reconstrucción estaba pensando. Miguel Angel le prometió gustoso hacerse cargo de esa labor, y ello gratuitamente, "per semplice devozione alla Madonna", según sus propias palabras. El claro timbre de la campanilla de oro del escritorio papal, puso fin a este casual encuentro.

Aquel sacerdote, en ese momento, sabía que trataba, como lo expresó alguna vez en carta, "con el más célebre hombre que agora hay, ni por ventura hubo muchos tiempos há, en estas partes". Miguel Angel, en cambio, al traspasar los umbrales del escritorio papal para exponer a Paulo III sus grandiosos proyectos sobre el templo de San Pedro, ignoraba por completo que acababa de ver y de hablar con un émulo suyo. Aquel sencillo sacerdote era también un maravilloso y sumo arquitecto. Y por esos días estaba precisamente echando en el campo espiritual de la Iglesia los fundamentos de una inmensa fábrica, la cual sería en el futuro más sólida, grande y admirable que la basílica a la que el glorioso maestro consagraba por entonces toda su inteligencia de gigante.

A conmemorar ese sumo y maravilloso arquitecto, con motivo del cuarto centenario de su muerte, está destinado el presente acto académico. Se nos ha pedido el modestísimo concurso de nuestra palabra. Nuestra aceptación de tal honor la explican y justifican sentimientos de cordial gratitud, pues en nuestra exigua formación sacerdotal y literaria somos una de aquellas innumerables piedras (la última sin duda en valor e importancia), utilizadas en la fábrica, todavía inconclusa, emprendida por aquel artista de las almas para la mayor gloria de Dios.

Pintor, escultor, poeta, arquitecto, Miguel Angel ofrece variadas facetas a quien se detiene a contemplarlo. De modo semejante, este émulo suyo, este varón eximio que hoy celebramos, presenta múltiples aspectos, de los cuales

cada uno merece estudio y despierta admiración. Juzgamos corresponder al honroso encargo de hablar en esta circunstancia si, en rápidos trazos como los de un simple boceto, os señalamos la labor de él en la reconstrucción de la Iglesia Universal, esperando que esas pocas y grandes líneas basten para destacar ante vosotros este imponente personaje, joya de los altares, lustre de España, cumbre de la historia y decoro de la humanidad.

EL TEMPLO EN PELIGRO

Espléndida, sin duda alguna, era la basilica erigida por Constantino sobre la tumba del primer Papa. Y con el fluir del tiempo, su esplendor había ido creciendo, pues los Pontífices Romanos procuraron ornarla siempre más y enriquecerla. Sin embargo, el magno edificio no se había mantenido inmune de las conmociones de la tierra ni de las implacables roeduras del tiempo. Más que los arcos y las altas techumbres, pesaban sobre sus cien columnas de mármol y de pórfido los doce siglos que contaba cuando se abrió la Puerta Santa en el jubileo de 1500. Por entre los frescos y mosaicos, se podían advertir no pocas ni pequeñas grietas. Amortiguadas aparecían muchas de sus pinturas. Y los gruesos muros lenta pero inevitablemente se iban apartando ya de la línea vertical de la plomada, claro signo de que los fundamentos estaban perdiendo la estabilidad. No se necesitaban dotes de profeta para predecir su próxima ruina.

El estado de ese templo milenario era, en aquella época, uno como símbolo perfecto del estado espiritual de la Iglesia. Como los ricos altares y los magníficos monumentos que se cobijaban en el interior de la basilica constantiniana, había ciertamente por entonces almas virtuosas, almas puras, almas santas entre el clero y los fieles. Se mantenía en los pueblos la fe cristiana, aunque en varias partes esa fe aparecía casi apagada como los antiguos frescos ya desvaídos por el tiempo. Variadas vicisitudes históricas, a modo de terremotos, habían abierto grietas y falseado la estructura del edificio cristiano. Sin hablar de tantas y tantas turbulencias de la Edad Media, relativamente recientes estaban el largo cautiverio de la Silla Apostólica en Aviñón, los cismas que fueron su consecuencia y los conatos de sobreponer a la suprema autoridad pontifical la de los Concilios, acontecimientos todos que disminuyeron el prestigio y la influencia del Papado en la cristiandad. Venía de lejos, y se hallaba entonces en pleno vigor, la abusiva intromisión de emperadores y reyes en el nombramiento de obispos. Viendo en la mitra únicamente el honor y las pingües rentas de la mesa episcopal, a esa dignidad eran llevados por la mano arbitraria de los monarcas los hijos de los nobles, aunque carecieran de la ciencia y de la virtud requeridas para la digna sucesión apostólica. Por causa de ese mismo perjudicial entrometimiento, las dignidades y cargos capitulares, así como las abadías de los más grandes monasterios, eran conferidos a candidatos, cuyo solo mérito estribaba en ser segundones de las casas de alta alcurnia. Fruto de ello, la decadencia moral en el clero y la relajación de la disciplina regular en las órdenes religiosas. Todo esto eran hendeduras grandes y visibles en el templo milenario de la Iglesia. Pero había aún algo más grave: el propio fundamento parecía ceder. La vertical de virtud y perfección trazada por la cruz de Cristo y que constituye garantía infalible de estabilidad, no era la línea que servía de norma de conducta a algunos de los Romanos Pontífices. En su Corte llegaron a verse aposentadas todas las pomposas vanidades de las otras cortes, donde los siete pecados capitales se disfrazaban con armiños y púrpuras. El renacimiento de la literatura clásica pagana no se detuvo en las letras, sino que se extendió a las costumbres. Y la estética se convirtió en la única regla de la moralidad, de guisa que ninguna acción se estimaba reproachable si se realizaba con belleza o donosura. Los humanistas, ebrios de estas ideas, invadieron el Palacio papal y con sus voces profanas turbaron en torno del Pontífice aquel sagrado silencio que es condición indispensable para escuchar la voz de Dios. Ahorrándonos mayores descripciones, apuntaremos apenas un hecho que por sí solo declara la mentalidad dominante en aquellos días y el viciado ambiente en que vivían aquellos personajes. Por estimar bárbara la lengua en que estaba escrito el breviario, León X comisionó a uno de los Prelados de su Corte para que aquilatara y depurara ese libro de plegarias. Apasionadamente se entregó éste a la tarea, y en 1525 publicó un volumen con los sacros himnos ya reformados, el cual suscitó los aplausos de los humanistas. De acuerdo con esa reforma, los canónigos y frailes en sus coros, las monjas en sus conventos y los ordenados in sacris en la recitación privada del oficio divino, habrían de decir, por ejemplo, al empezar el himno de vis-

peras durante el tiempo de cuaresma, para proclamar que aquellos eran días de penitencia, este devotísimo verso: "*Bacchus abscedat, Venus ingemiscat*"; al Señor lo llamarían "*deorum maximus rector*"; a la Virgen Santísima ora "*felix dea*", ora "*nympha candidissima*"; y porque el vocablo Trinidad no se hallaba en los clásicos, a ésta se la designaría "*triforme numen Olympi*" ; El solo hecho de que un Prelado de la Corte pontificia, para acatar un augusto encargo del Jefe de la Iglesia, propusiera tal "depuración" de las tradicionales plegarias, es una ventanilla abierta sobre un vasto panorama de decadencia espiritual.

LUX IN TENEBRIS LUCET

Ante este cuadro, permitidnos un paréntesis. Cuando el Verbo Divino se hizo carne, quiso sujetarse a todas las debilidades de la naturaleza humana, exceptuado el pecado. Y así vemos en las páginas evangélicas que sentía hambre, sed, cansancio, tristeza, pavor y dolor. Y era en medio de estas debilidades donde brillaban, con la rapidez e intermitencia de los relámpagos, manifestaciones evidentes de su divinidad. Cuerpo místico de Cristo es la Iglesia. Si a la naturaleza humana unida substancialmente a su persona, el Hijo de Dios no quiso librar de aquellas flaquezas, ya no nos resultará raro que en su Cuerpo Místico, sólo moralmente unido a El, aparezcan todas las miserias de los hombres, inclusive el pecado. Ello sirve para que, por la ley de los contrastes, con mayor viveza apreciemos en ese Cuerpo Místico, como intermitentes luces en las noches profundas, las manifestaciones del elemento divino que mantiene la vida de la Iglesia. Así, el lamentable estado de ésta a principios del siglo XVI, nos permitirá advertir con máxima claridad la intervención providencial de Dios en los mismos momentos en que mil fuerzas hostiles se conjuraban para convertir la sociedad de los redimidos con la sangre del Calvario en un enorme hacinamiento de ruinas.

EL ARQUITECTO INSOSPECHADO

En esos momentos críticos, aparece Ignacio de Loyola. Como acaeció con la basilica vaticana, la orden de la reconstrucción, el primero y eficaz impulso para la verdadera reforma eclesiástica, partió de los mismos Romanos Pontífices. Pero el principal arquitecto, el Miguel Angel de esa inmensa fábrica espiritual por éstos utilizado, fue el excelso hijo de la caballeresca y gloriosa Nación que poco antes había triunfalmente concluido una cruzada de ocho siglos y a la que Dios daba entonces por premio la corona del Imperio en Europa y todo un mundo que para ella había expresamente guardado oculto, por siglos de siglos, en medio del infinito mar donde se acuesta el sol.

Quien hubiera visto a Iñigo López de Loyola la víspera de caer herido en la fortaleza de Pamplona, jamás habría supuesto que aquel gentil hidalgo estaba destinado para tan alta, difícil y sagrada misión. Los treinta años que hasta esa hora había vivido, los había disipado como cualquiera de los nobles de esa edad, entre los ejercicios guerreros y los placeres de la vida de corte. Su corazón sólo anhelaba los honores que pudiera alcanzar la hoja de su espada. En el secreto de su alma alimentaba un sueño, mitad caballeresco, mitad romántico: llegar con sus hazañas a distinguirse tanto que pudiera conquistar la mano de una dama, "no condesa, ni duquesa", sino de "un estado más alto que ninguno destes", según confiaria muchos años más tarde al Padre González de Cámara. La bala que le romperá la pierna derecha, será el medio escogido por Dios para derribar aquel vano castillo de ilusiones.

PARA LABRAR LOS BLOQUES

Las ideas gobiernan a los hombres. Para que ellas se propaguen necesitan apóstoles. Pero para que éstos de manera eficaz realicen tal tarea, es preciso que primeramente sean unos convencidos de la verdad, a cuyo servicio han de consagrarse. Sólo cuando en el corazón del apóstol hay esa convicción profunda, su palabra es llama que prende nuevas llamas en otras almas. Faltando esa convicción, la palabra será cuando más el simple cohete que, al estallar en lo alto, inútilmente se desgaja en luces multicolores. Como sucede con la mayoría de los convertidos, Iñigo llegará a obtener la más honda y arraigada convicción de la verdad de la fe católica. Alcanzará la plenitud de ese convencimiento en el retiro de Manresa. Y el camino para llegar a esa preciosa certidumbre será el que después él mismo habrá de enseñar al mundo; el de los Ejercicios Espirituales. Hombre de finísima y tenaz introspección, detenidamente exami-

ará los pliegues y repliegues de su mente y de su corazón hasta lograr el descubrimiento de aquellos secretísimos resortes psicológicos que rigen y mueven la conducta humana. Ese rico conocimiento, nacido de su experiencia personal, lo utilizará magistralmente para componer el famoso libro de los Ejercicios.

Solía decir el Padre Láinez que Ignacio era hombre de pocas verdades. La exactitud de esa afirmación la hallamos comprobada en el referido libro: ni altas especulaciones teológicas, ni profundos discursos de filosofía, ni hondas disertaciones científicas, ni bellas exposiciones literarias contienen sus pocas páginas: apenas un reducido grupo de verdades que ni siquiera ostentan la nota de la novedad, porque son las mismísimas verdades enseñadas quince siglos antes por el Divino Maestro y repetidas después por todos los doctores de Ascética. Pero esas verdades aparecen allí enlazadas con tan fina, poderosa y apretada lógica y dispuestas con maestría tan acomodada a los procesos del alma que, si se meditan en la forma por Ignacio indicada, creando en nuestro interior los "bienes-valores" de que hoy habla la moderna psicología y actualizándolos ante la conciencia, producen aquella convicción luminosa e inquebrantable, acompañada de los consiguientes sentimientos, que —con la ayuda de la gracia— corrige toda una vida, por inclinada que se halle hacia el mal, y la endereza y transforma en la sacrificada y a la vez jubilosa vida de los verdaderos servidores de Dios.

Destacamos la importancia de ese libro, porque él habrá de ser primordial y precioso instrumento para la reforma de la Iglesia. De acuerdo con las normas en él trazadas, el cincel de la meditación tallará los mármoles para el nuevo templo, en cuya fábrica ha de emplear la totalidad de sus energías este arquitecto del espíritu. Mediante los Ejercicios Espirituales, Ignacio conquistará los primeros compañeros que han de colaborar en la ardua empresa y formará luego a todos sus alumnos. Llameantes de entusiasmo contagioso por la convicción que en sus corazones encienden aquellas verdades, meditadas largamente en el silencio y el retiro, según el método de Ignacio, esos alumnos y compañeros serán los incansables apóstoles que incendiarán con su palabra y avasallarán con su virtud ciudades y pueblos, provocando así el triunfal resurgimiento de la vida cristiana. Mediante los Ejercicios, muchos de aquellos Prelados a quienes nos referimos antes, de costumbres tan opuestas a su sagrada misión episcopal, se trocarán en celosos y ejemplares Pastores, como lo pide la esencia misma del cargo de Pontífice. Típico a este respecto es el caso del Obispo de Plasencia, Gutierre Vargas de Carvajal, "hombre —según el decir de un historiador contemporáneo suyo— de gran punto y mal sufrido, y en su vida licenciado". Bajo la dirección del antiguo duque de Gandía, para esos días simple Padre Francisco de Borja, practica durante un mes los Ejercicios. De ellos sale mudado en un varón penitente, manso y caritativo, ansioso de reparar con un comportamiento edificante los escándalos dados con su anterior conducta relajada, y llega hasta el extremo de constituir una junta de tres eclesiásticos, elegidos a su ruego por el Padre Borja, para que ante ella ocurran con los debidos reclamos todos aquellos a quienes él hubiera causado algún perjuicio; decisión que por voz de pregonero ordena publicar en todo el territorio de la diócesis. Desde allí hasta la muerte, este Obispo será padre de los pobres y modelo de sacerdotes. Tenéis en este caso una muestra de cómo se irán tallando, según el libro de Ignacio, los mármoles necesarios para la reconstrucción de la basílica.

LOS OBREROS

El viernes 22 de abril de 1541, en el templo de San Pablo extra-muros de Roma, rodeado de cinco compañeros, doctores todos ellos de la Universidad de París, Ignacio celebra la misa. Momentos antes de comulgar, individualmente van haciendo los tres votos tradicionales en las Ordenes religiosas y uno más, hasta entonces desconocido en los anales de éstas: el de especialísima obediencia al Pontífice Romano. Esa mañana de Pascua y de primavera, a la sombra del inmenso Apóstol de las gentes, ante un altar consagrado a la Virgen Santísima, nace la Compañía de Jesús. Con ella, Ignacio dota a la Iglesia de los mejores y más hábiles y activos obreros para la ingente tarea de rehacer el antiguo y venerable templo. Siete meses antes, Paulo III había aprobado la creación del Instituto mediante una bula, cuyas palabras iniciales, con las que según la costumbre en este género de documentos se la cita y nombra, diríanse sonar a redoble de tambor de campaña: "Regimini militantis Ecclesiae". La ley fundamental, las Constituciones que redactará el Fundador, serán un por-

tento de sabiduría, merced al cual la nueva Orden llegará a ser una de las más asombrosas y fecundas instituciones de la Iglesia, de la cultura y de la civilización. En la imposibilidad de esbozar aquí esas Constituciones sapientísimas, nos limitaremos a señalar de paso un aspecto de ellas. El servicio de Dios fue el fin único que Ignacio se propuso al realizar aquella fundación. En su pensamiento, encendido de fe, ese servicio es la labor más alta, noble y grande que puedan asumir en este mundo los hombres. Pero para las labores máximas y excelsas, de poco o de nada sirven los mediocres. De ahí que en las Constituciones establezca una muy rígida y cuidadosa selección del personal que haya de formar en las filas de la Compañía e imponga a los así escogidos una larga, amplia y exquisita formación moral e intelectual. Aparte la protección divina, ello explica los éxitos y victorias de la Orden en sus múltiples actividades. A lo largo de los cuatro siglos que la Compañía cuenta, se le ha imputado, como nota meritoria de crítica acerba, la influencia que adquiere en las ciudades y pueblos donde asienta su planta. Candoroso, por no usar otro calificativo, sería negar el hecho de tal influencia. Ello es inevitable, porque nace de la esencia misma de las cosas con la avasalladora fuerza de la necesidad natural: absurdo, en efecto, sería esperar y querer que un grupo, que una sociedad de varones selectos, no reclusos en torres cerradas sino en continuo trato con los otros hombres, no alcanzara influjo alguno. Débese más bien, en el caso de los hijos de Loyola, celebrar esta influencia, porque es la única plausible y deseable, a saber, la que emana del talento en estrecha alianza con la sabiduría y con la virtud. Apuntamos este hecho, porque en los trabajos para reconstruir la Iglesia ese influjo será palanca poderosa.

Se puede afirmar que la Compañía de Jesús no tuvo infancia. Como Adán de las manos del Creador, ella nació adulta. Y por lo mismo, con vigor de adulta emprendió inmediatamente su hazaña apostólica. No cabe en los límites de esta oración mencionar siquiera la labor de aquellos primeros jesuitas por todas las naciones europeas: baste anotar un hecho elocuentísimo: casi todos los pueblos que vieron a estos peregrinos de la fe y oyeron a estos heraldos de Cristo, ya no vacilaron en su fidelidad a la Iglesia Católica ni en su obediencia a Roma y acometieron entusiastas un real y eficaz remozamiento de la vida cristiana. Como véis, si gigantesca era la fábrica, no resultaron impares a ella los obreros de Ignacio.

LOS PLANOS

El 13 de diciembre de 1545, o sea, a los cuatro años largos de haber nacido la Compañía, se congregaba en Trento una Asamblea augusta: el Concilio Ecuménico, ardientemente anhelado por toda la cristiandad que, con miradas de angustia y de zozobra, veía a la Iglesia sacudida por la herejía y agrietada por las conmociones espirituales de la época y por las fallas morales de las mismas piedras que le sirven de fundamento. Y ese Concilio, al contrario de lo acaecido con los inmediatos anteriores, no defraudará las esperanzas. De sus definiciones y leyes provendrá el primaveral resurgimiento de la Iglesia que aún dura en nuestro tiempo y que, con el auxilio divino, habrá de perdurar mientras en torno del sol conduzca por el espacio hombres este triste globo en que hoy viajamos.

La obra de Ignacio, por medio de sus súbditos, en el Concilio Tridentino resulta tan brillante como trascendental. Asisten a él, por voluntad del Papa, Láinez y Salmerón. Y en las más arduas cuestiones, es de ordinario la de ellos la palabra decisiva. Alargáramos desmesuradamente este discurso si descendiéramos ahora a pormenores. Mencionaremos apenas una de las disposiciones de disciplina que sobrepasará en importancia a todas las otras, porque merced a ella las leyes y decretos conciliares no habrán de ser en el futuro meros documentos de archivo: nos referimos a la creación de Seminarios para la recta formación de los ministros sagrados. Idea muy personal de Ignacio había sido la de estos Institutos, hasta entonces desconocidos, idea que había comunicado antes del Concilio al Padre Jayo, uno de los primeros jesuitas, para que la expusiera a los Obispos de Alemania. Este no sólo la transmitió a los Prelados tudescos, sino a los Cardenales que presidían a nombre del Papa el Sínodo de Trento. Más aún: Ignacio, fundando en la Ciudad Eterna el Colegio Germánico y el Colegio Romano, presentará a la Iglesia toda, con prioridad a los decretos conciliares, un modelo para estas futuras casas de educación sacerdotal. Y con ello asentará bases maestras para la restauración eclesiástica.

LOS MARMOLES

Si notable fue la contribución de Ignacio, mediante su Compañía, a la obra legislativa tridentina, en otra forma, menos ostensible pero igualmente grande, colaboró al total éxito de aquella reunión de la Iglesia docente. En el Concilio se levantaron los planos completos y definitivos para la reconstrucción del gran templo; pero esos bellos planos de nada servirían si no se contaba con mármoles aptos y sólidos para los muros, bases y columnas. Entre los Padres allí congregados, había no pocos de aquellos que, con olvido de sus graves deberes de Pastor, vivían vida de grandes señores, muy distante de la de los verdaderos apóstoles de Cristo. Estos obispos, ya en Trento mismo, ya al retornar a sus sedes, movidos de admiración por la sabiduría y virtud de un Lainez, de un Salmerón, de un Jayo o de un Canisio, harán los Ejercicios Espirituales. Consecuencia de éstos será, como en el caso de Gutierre Vargas de Carvajal que antes anotamos, la total enmienda de su conducta y el interés que por ello mismo pondrán en llevar a la práctica las salubérrimas disposiciones conciliares. Esta labor de purificación espiritual alcanza durante las propias sesiones del Sinodo tanta amplitud que llega hasta alarmar un poco a uno de los legados papales, al Cardenal Cervini, futuro Marcelo II, varón de eximia virtud, temeroso —según parece— de que, con perjuicio del Concilio, muchos Prelados decidan cambiar sin demora los palacios episcopales por las celdas de los conventos. Logra así Ignacio que los bloques esenciales para la estructura de la basilica tengan la regularidad y solidez necesarias, corrige al propio tiempo aquel peligroso desvío respecto de la vertical marcada por la cruz del Redentor y asegura con todo ello la estabilidad de la reforma católica. Mientras Pontífices y sacerdotes se mantengan en esa línea de perfección, la Iglesia se verá floreciente y se conservará incommovible, porque si los muros y columnas no pierden el centro de gravedad, el templo permanecerá victoriosamente erguido ante el desfile de los siglos y soportará incólume todos los cataclismos de la historia.

ADORNOS PARA EL TEMPLO

La depuración del latín del breviario que mencionamos antes, presentada por el Prelado a quien León X encomendó estudiarla, pone de relieve los extremos a que conducía un humanismo sin freno, embelesado por la literatura de la Grecia y de la Roma paganas. Ese humanismo, moda intelectual que imperaba en el siglo diez y seis con el terrible y despótico poder de todas las modas, entrañaba un serio peligro para la fe y para las costumbres. Mediante el establecimiento de Colegios, Ignacio prevendrá tal peligro. No atacará, ni desterrará, ni despreciará las letras clásicas; catorce años de vida universitaria entre Alcalá, Salamanca y París le han enseñado que ellas son oro fino, aunque mezclado de escorias: purificarlo es su intención y su empeño. Con el mismo precioso metal con que los antiguos habían fabricado páteras para sus festines pecaminosos, procura Ignacio, por medio de los Colegios de la Compañía, que sean hechas copas para el vino de la cultura cristiana y cálices para la Iglesia de Dios. Y de ese modo, lo que era una amenaza, se convertirá en un ornamento. Ante las oscilaciones y la anarquía intelectual de aquellos tiempos, en que tantos espíritus con inquietud y ligereza de colibríes volaban por todos los campos, desde los jardines de Platón hasta los huertos de Epicuro, dispone que en los Institutos docentes regidos por sus hijos se sigan las doctrinas de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino, con lo cual los estudios filosóficos y teológicos en los Colegios y Universidades jesuitas tendrán para apoyarse, no arenas movedizas, sino inamovibles montañas de granito.

EN LA BALANZA DE LA JUSTICIA

La construcción del templo de San Pedro en el Vaticano no fue obra de pocos años, sino de centurias. En tan largo periodo, desde Bramante hasta Bernini, muchos arquitectos le consagraron sus afanes de artistas. Sin embargo, el nombre que predomina en presencia de la sin par basilica es el de Miguel Angel, porque a su genio se le deben la estructura principal de ella y la grandiosa cúpula que la decora y enaltece con la soberana majestad de una corona de emperador. Tampoco fue obra de poco tiempo la reforma de la Iglesia. En esa secular tarea emplearon sus esfuerzos y fatigas muchos varones eminentes e inicuo sería desconocerlo u olvidarlo. Pero, teniendo ante la vista la fundación de la Compañía de Jesús, la destacada participación de ella en el

Concilio de Trento, la transformación espiritual debida a los Ejercicios, el bautismo de los estudios humanistas por mano de los jesuitas y el sostenimiento de la filosofía perenne y de la teología tomista en las altas escuelas de educación, la justicia pide que se reconozca a Ignacio como al más notable arquitecto de la reconstruida basilica. Sus contemporáneos mismos anticiparon este veredicto. En 1555, la Universidad de Barcelona, a nombre de todos sus profesores, le dirigió una carta, en la que leemos lo siguiente: "Cuando consideramos tus obras, Reverendo Padre, y traemos a la memoria las de la antigüedad, nos pareces en gran manera, beatísimo, porque Cristo te ha elegido para sostener firmemente los viejos edificios eclesiásticos, que se arruinaban por su misma vetustez y por la incuria de sus arquitectos, y para levantar felizmente otros nuevos. Esto es lo que hicieron en otro tiempo Antonio y Basilio, Benito y Bernardo, Francisco y Domingo, y otros muchos preclaros varones, a los que damos culto y veneramos entre los santos, y siempre que los nombramos lo hacemos honoríficamente. Y vendrá un tiempo —así lo esperamos y deseamos— en que tú serás igualmente invocado por tus grandes obras, y tu memoria será sacrosanta en todo el orbe". Para asentar estos juicios, los universitarios barceloneses no necesitaron fatigarse en difíciles investigaciones: les bastó sencillamente mirar y sencillamente transcribir al papel la realidad que con luz meridiana se presentaba ante sus ojos.

La exactitud histórica impone otra advertencia: si los planos de Miguel Angel lograron traducirse en piedra para que surgiera el esplendor de la basilica que hoy es maravilla del mundo, fue porque detrás de esos planos estuvo de continuo respaldándolos la voluntad soberana de los Sucesores de Pedro. Idéntica afirmación exigen la verdad y la justicia con respecto a la restauración eclesiástica: se llevó a efecto, en su mayor parte conforme a las ideas de Ignacio, porque éstas en todo momento contaron con la suprema autoridad y el permanente respaldo de los Romanos Pontífices. Dada la indefectible asistencia prometida a la Iglesia por su Divino Autor, este hecho eleva nuestro pensamiento a alturas máximas, porque él declara y pregona que Ignacio en su labor era impulsado, guiado y sostenido por aquella misma mano que hizo las estrellas.

EL PODER DEL CORAZON

Si estudiamos todas las grandes obras de los hombres, hallaremos fácilmente que el último motivo de éstas ha sido el amor. No es una excepción en este punto Ignacio: porque desde su conversión amaba intensa, apasionada, infinitamente a Dios, consagró al servicio de El en su Iglesia la totalidad de su vida, la plenitud de su mente y la desbordante opulencia de su corazón. Un día, para aleccionar a sus Apóstoles que disputaban sobre primeros puestos, el Divino Maestro tomó a un pequeñuelo, lo abrazó y, colocándolo en medio de todos, dijo: "En verdad os digo que si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". Según una antiquísima tradición, recogida por Nicéforo en su Historia Eclesiástica, aquel niño llegó a ser, andando los años, uno de los Padres Apostólicos. Condenado al martirio en tiempo de Trajano, del Asia fue remitido con cadenas a Roma para sufrir la muerte en los juegos del circo. Amante de Jesús hasta el supremo límite a que el amor puede llegar (no en balde había sentido tan cerca del suyo el corazón del Maestro), mientras navegaba hacia la Urbe, saltaba de gozo pensando en la ya próxima muerte, suspiraba por verse cuanto antes de cara a los leones que habrían de devorarlo y, anticipando con la imaginación ese momento, escribía: "Yo soy trigo de Dios; soy molido por los dientes de las fieras para convertirme en el blanco pan de Cristo". Ese sublime Padre se llamaba Ignacio, Obispo de Antioquía.

Cuando a la Universidad de Paris llegó para emprender estudios Iñigo López de Loyola, mudó el nombre recibido en la Fuente bautismal por el de Ignacio, a causa de la secreta y potente atracción que sentía hacia aquel gran Pontífice de la Iglesia primitiva, émulo suyo en el encendido amor delirante a la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Ansiosos de sintetizar en una frase brevísima el elogio del inclito Fundador de la Compañía de Jesús y principal arquitecto de la reconstrucción de la Iglesia, os diremos que, porque en el inmenso amor a Cristo igualaba al descollante Obispo de Antioquía, amor que lo llevó a realizar obras imponderables, Ignacio de Loyola no hubiera sido indigno de recibir en esta tierra, lo mismo que aquél cuando niño, el abrazo del Divino Maestro!

L A U S D E O.